

6. Getsemaní: las lágrimas de Dios

Solemos decir que “los hombres no lloran”. Expresamos así la fortaleza propia del varón, que no cede en su empeño ante la primera dificultad o herida. Los hombres, queremos decir, no lloran *por cualquier cosa*. Las lágrimas les llegan en esos momentos cruciales de la vida, en ocasiones de vida o muerte.

En realidad, sólo los hombres lloran. La lágrima, esa diminuta gota salina, es señal inequívoca de la presencia humana. En ella no sólo se concentran sales y proteínas, sino también afectos, fracasos y esperanzas. Los animales no lloran. Al menos, no como lo hace el hombre. La oveja se atemoriza ante el aullido del lobo, el perro, abandonado por su amo tras muchos años juntos, queda triste, desorientado. Pero el llanto es algo propio del ser humano. Ni siquiera los ángeles lloran. Sólo los poetas relacionan la lluvia con la tristeza de los querubines.

¿Y Dios? ¿Puede llorar? ¿Puede también Él conmoverse ante el dolor de la muerte? ¿Llora también con la madre que deja a sus hijos huérfanos?

Getsemaní es el misterio del llanto de Dios. También de sudor, hasta la sangre. Aquí se nos descubre lo más íntimo del corazón de Jesús. Su alma estuvo “triste hasta la muerte”. Pero la oración de Jesús no terminó aquí. Sus palabras nos descubren un camino de obediencia: el que comenzó con un angustioso “si es posible...”, concluyó con un confiado “no se haga mi voluntad sino la tuya”.

Será este nuestro itinerario: comenzaremos buscando el sentido de esas lágrimas que regaron el huerto mientras Jesús oraba a su Padre: *si posible fuera...* (1). Veremos a continuación quiénes son los compañeros del Señor en este momento crucial (2). Podremos así calibrar la grandeza del amor que le llevó a dar su Sí al Padre: *Hágase. Que tu voluntad triunfe* (3).

1. Las lágrimas divinas: “Si es posible...”

Entrar en el huerto de los olivos es penetrar en el misterio del llanto de Dios. Ya lo escuchó quien acudió a la cueva de Belén o quien le vio llorar ante la ciudad santa de Jerusalén (donde hoy se alza la iglesita del *Dominus flevit*, no lejos de Getsemaní). Lloraba el bebé en brazos de María, también el Maestro a la vista de Jerusalén (cfr. Lc 19, 41) y lo mismo el Amigo ante las lágrimas de María, la hermana de Lázaro (cfr. Jn 11, 33-35). Pero ahora, en el huerto de los Olivos, las lágrimas adquieren una amargura más profunda. Cristo llora y está triste *hasta la muerte*.

Al igual que la risa, el llanto pertenece a la entraña de nuestra vida. Nos gozamos en lo que hemos alcanzado, sentimos desazón ante lo perdido. Tenemos tiempo para todo: para nacer y morir, plantar y arrancar, derruir y construir, matar y sanar, reír... y llorar. El llanto es una necesidad del hombre: a través de él, el cuerpo manifiesta la riqueza del espíritu que lo llena. El llanto, la risa, la sonrisa, la ironía, el humor... son como la “flor del espíritu traspasando la materia humana y tornándola transparente para una dimensión absoluta” (González de Cardedal, *Sobre la muerte*, 27).

Dicen que nuestra generación es incapaz de experimentar el llanto, el duelo y el luto. Si entendemos nuestra historia como simple materia que podemos dominar y transformar con nuestro saber, entonces llorar se nos presenta como el signo de una pereza colectiva, de una debilidad ante la vida. Si la vida consiste en alcanzar la independencia frente a los acontecimientos y frente a los demás, entonces las lágrimas son un sinsentido. El llanto sería propio de seres débiles e incapaces, pero nunca de hombres y, mucho menos, de Dios.

En sus *Odas*, Horacio nos presenta al varón justo y sabio como aquel que aunque el mundo se derrumbe o muera la persona amada permanece impávido e imperturbable (*Iustum et tenacem propositi virum. / Si fractus illabitur orbis / impavidum ferient ruinae, Odas 3, 3, 7-8*). Para los estoicos, llorar es indicio de debilidad ante las adversidades Así lo expresaba Lope de Vega, por medio de la imprudente Casandra:

“Detén, Federico ilustre,
las lágrimas; que no ha dado
el cielo el llanto a los hombres,
sino el ánimo gallardo.
Naturaleza el llorar
vinculó por mayorazgo
en las mujeres, a quien,
aunque hay valor faltan manos.
No en los hombres, que una vez
sólo pueden, y es en caso
de haber perdido el honor,
mientras vengan el agravio”

(Casandra a Federico, su hijastro en *Castigo sin venganza*)

Horacio y Lope decían algo verdadero. Llorar ante cualquier acontecimiento adverso o por intereses meramente individuales, es propio del inmaduro y endeble. Pero, ¿es esta toda la verdad? ¿Qué lugar les corresponde a las lágrimas en la vida humana?

El llanto es señal de vulnerabilidad. El que llora acepta los propios límites: reconoce su finitud y la ofrece como una súplica. En las lágrimas el amor se explicita como agradecimiento y como anhelo de completar una plenitud prometida. El que llora invoca a quien le puede ayudar, suplica consuelo y expresa amor. Llorar ante alguien y por alguien. El llanto se eleva en súplica a Dios en solidaridad por el prójimo que sufre.

De esta manera, las lágrimas no son solo signo de debilidad sino también de grandeza, de esa grandeza humana que se revela en el reconocimiento de la finitud y del pecado. La lágrima es “cariño a la realidad, caricia a la persona perdida, adiós agradecido y voluntad de reencuentro” (González de Cardedal, 29).

Pero podemos considerar todavía una segunda objeción a las lágrimas. Vivimos hoy bajo el signo de un cierto platonismo, que nos presenta el llanto

como desconfianza ante la inmortalidad del alma. El que llora ante la muerte de un amigo, se nos dice, manifiesta una fe enclenque, una falta de esperanza en la resurrección.

Y, sin embargo, en la Biblia son muchos los que lloran, y pocos los reprendidos por ello. Hombres y mujeres derraman lágrimas ante Dios y Él los escucha. Lloro David ante la muerte de Saúl y Jonatán (2 Sam 1, 12) y ante la suerte del hijo de Betsabé (cfr. 2 Sam 12). Ana, la estéril, “amargada el alma, oraba a Yahveh, llorando muchas lágrimas” (1 Sam 1, 9-15). “Prorrumpió en sollozos” Ruth, cuando quedó viuda y decidió cuidar de su suegra (cfr. Ruth 1)...

Llorar es “derramar el alma ante Dios”. Quejarse bajo su mirada. Desahogarse ante Él: evitar el ahogo, respirando aire fresco ante Él. Las lágrimas tienen, por tanto, una gran dignidad.

Y más aún: ¡Cristo lloró! Sus lágrimas fueron una forma de oración ante Dios. Lloró Cristo. También María. ¿No lo hará el cristiano? “No es el discípulo más que su Maestro” (Mt 10, 24). Desde luego, el Señor no llamó bienaventurados a los “lloricas”, sino a “los que lloran”: no declaró santas las lágrimas de cocodrilo ni las de orgullo o despecho, sino las que brotan de un corazón limpio.

Contemplando el llanto de Jesús, no nos avergonzamos del nuestro. “Las lágrimas de Jesús nos revelan el más profundo misterio de su persona. Quien no aparta sus ojos de Jesús que llora, ese y solo ese ve el corazón de Dios todopoderoso... ¡No nos avergoncemos de las lágrimas de Jesucristo! Ellas nos revelan el más profundo misterio del poder de Dios” (E. Jünger, *Geistesgegenwart*, 198).

Orar con lágrimas. Orar en la desgracia

En Getsemaní, Jesús oró y lloró. Sus sollozos impresionaron a los discípulos. Puesto de rodillas (cfr. Lc 22, 41) y “con grito grande y lágrimas” (Hb 5, 7), el Hijo dialogaba con el Padre. Su oración es ahora un gemido: postrado el cuerpo, dobladas las rodillas, sin apenas palabras, con sudor de sangre, repitiendo lo mismo... Es esta la oración que escucha Dios. La oración más propicia no es la que se hace de pie, con los brazos abiertos y el alma esponjada. La oración de Getsemaní se parece bastante a la de aquel publicano. El Maestro suplica y pide ayuda: no por pecados propios sino ante lo que se le avecina.

El llanto de Jesús manifiesta que Cristo comparte nuestro amor por las cosas, nuestra pasión por el prójimo amigo o amado, nuestro miedo a la muerte, nuestro temblor ante la agonía: nuestra tristeza. Lloro porque ama la vida y ama a los suyos: goza en las entretenidas sobremesas de Betania y en los breves encuentros con su Madre, disfruta en compañía de los doce y durante los diálogos nocturnos con Nicodemo... Su llanto es la prueba patente de que en Jesús, Dios es verdadero “Emmanuel”, *Dios con nosotros*.

¿Lágrimas del Padre?

Cristo lloró. ¿Lloró también el Padre? La piedad popular y la teología cercana a la mística han llegado a sospechar lágrimas del Padre ante su Hijo crucificado. Si el Padre le ha entregado, respetando la libertad de los hombres, ¿quién se atreverá a decir que el Padre no ha com-padecido (junto con María) todo el dolor de Jesús?

Las del Padre no son lágrimas de humana debilidad, como las de Jesús. Son más bien un llanto de suprema potencia que respeta al hombre y no niega su libertad. Son lágrimas de quien conscientemente ha asumido el riesgo de construir una historia con el hombre.

Pero ¿no es Dios inmutable e impasible? Ciertamente, no es Dios un idolillo, hecho por manos humanas y a imagen del hombre. Y sin embargo, la Escritura nos habla de una Alianza de Dios con el hombre. Aliarse significa iniciar un intercambio de destino y naturaleza. Como cuando unos jóvenes se casan, Dios decide compartir el futuro con el hombre (con Abram, con Moisés...): se hace con-sorter.

San Bernardo nos ha regalado una síntesis de este misterio. “Ciertamente”, dice el de Claraval, “**Dios es impasible, pero no es incompatible**, pues siempre está inclinado a tener misericordia y perdonar. Por tanto, necesariamente serás misericordioso, tú que te adhieres al que ejercita misericordia, aun cuando tú no padezcas miseria” (Sobre el Cantar de los cantares, 26, 5).

En su segunda encíclica, Benedicto XVI nos decía que la capacidad de compadecer y consolar, de sufrir con el otro, por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es “constitutiva de la grandeza de la humanidad” (*Spe salvi*, 38). A la luz de las “lágrimas de Dios” podemos entender que esta capacidad de *sufrir con* es también señal de algo nuevo en el hombre: de su hacerse como dios, de su divinización.

De esta manera, a través del llanto de Getsemaní, entramos en el amoroso corazón del Padre, que se hace vulnerable. Confiados en esta compasión divina, los grandes santos han llorado la muerte de sus seres queridos, al tiempo que proclamaban su fe en la Resurrección. Tenemos el llanto de san Gregorio Nacianceno por sus hermanos Cesario y Gorgonia, el de san Ambrosio por su hermano Sátiro, el de san Bernardo por su hermano Gerardo... Y tenemos, por supuesto, el llanto de san Agustín a la muerte de su madre, aquella que tanto había llorado por él durante su “entretenida” juventud. La fe más robusta no cerraba el paso a las lágrimas y a la confesión del cariño.

La espiritualidad cristiana ha reconocido las lágrimas de penitencia, agradecimiento, dolor o esperanza como un don de Dios. Llorar es aquello que el hombre todavía puede hacer cuando ha agotado los demás recursos. No es signo de cobardía sino de un corazón no endurecido: viril, pero que conoce sus límites. Por eso, cuando ya no puede hacer más, pone a prueba las entrañas de Dios, de Aquel que prometió su presencia consoladora (cfr. Is 66, 13). “¿Puede acaso una

mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidare, yo no te olvidaría” (Is 49, 14-15).

2. Los compañeros del dolor de Jesús

Así pues, Jesús no lloró solo. Son tres las presencias que podemos descubrir en Getsemaní: la del Padre y el Espíritu, la de los discípulos y la del enemigo.

a. El siempre presente: el Padre, y el Espíritu

En primer lugar, a su lado estaba el Padre, que lo escuchaba y que (con esa expresión tan cariñosa: *Abbá*) estuvo en los labios de Jesús desde el inicio hasta el final de su oración. “*Padre*, si es posible... pero no mi voluntad sino la *tuya*”. Y por supuesto, junto al Padre estaba también el Espíritu, el Paráclito, el Consolador.

La presencia del Padre y del Espíritu muestra el significado de esta noche de las grandes decisiones. Junto a Jesús que da la vida por nosotros, tampoco el Padre y el Espíritu se echan atrás, sino que lo acompañan también en esta Hora. Cristo no está solo. No se entrega a título personal: es el Hijo, el enviado del Padre, que lleva en sí el Espíritu que ha de derramar sobre el mundo. El amor obediente de Cristo nace de su comunión con el Padre y el Espíritu.

b. Los invitados: los tres predilectos

En segundo lugar, como hacía siempre, Jesús tomó consigo a los discípulos. Igual que en las ocasiones especiales, llamó a los tres predilectos para que lo acompañaran más de cerca. Pedro, Santiago y Juan, escogidos de entre los escogidos, nos animan a continuar nuestra incursión en la intimidad del Amigo. A ellos se les permitió descansar junto a Él y contemplar su rostro transfigurado en el Tabor. A ellos se les pide, ahora que su faz está bañada en lágrimas, la compañía orante.

Lo singular de este momento es que Jesús no solo suplica al Padre, sino también a los discípulos: *Velad y orad*. El mandato del Maestro tiene un nosequé de petición que sorprendió a los discípulos. ¡Jesús necesita compañía!

No les trata ya como a niños ni como a siervos: necesita amigos que lo acompañen en esta Hora final. Cuando llega la “tristeza hasta la muerte” (Mt 26, 38), Jesús pide a sus discípulos que permanezcan con Él: que *duren* junto a Él, de forma que su oración madure.

c. El no invitado: el indeseable

En tercer lugar, entre el “si es posible” y el *hágase* definitivo, hubo también una presencia no deseada. En efecto, en tan importante momento de la vida de Jesús, no pudo estar ausente su gran enemigo. Tras el combate de las tentaciones, san Lucas nos señala que el diablo se retiró *hasta el momento adecuado* (Lc 4, 13). Y sin duda esta fue la ocasión propicia. A la triple tentación en el desierto, le siguió la más sutil y más dura en el jardín de los olivos.

¿Qué pretendía el diablo en aquella hora? Trataba de entorpecer el paso de Jesús hacia la Cruz. Buscaba generar en él la misma desconfianza que infundió en Adán y Eva: la misma duda sobre la bondad de Dios, sobre su paternidad. Actuaba generando en él miedo al dolor y a la muerte, tratando de hacerle desistir de su piedad respecto al Padre.

La técnica preferida del diablo es infundir en nosotros ese terror que esclaviza. Su arma letal, el miedo a la muerte, se concreta en pequeños temores: las renunciaciones que supone el nuevo hijo que viene al mundo, los ligeros síntomas de enfermedad que percibimos, una arruga inédita en nuestro rostro... Infundiendo el miedo a perdernos, nos lleva a la perdición.

Lo que busca en el fondo es quitarnos la esperanza de nuestra vocación. Nos sugiere que es inútil padecer tanto y soportar tantas cosas... que sería mejor llevar una vida tranquila, libre de preocupaciones y dolores. Pone en duda la sabiduría del plan de Dios e intenta que seamos críticos con ella.

3. Aprendió sufriendo a obedecer: “Que tu voluntad triunfe”

Esta triple y desigual compañía en la tristeza de Jesús nos da la clave para entender lo que ocurre en Getsemaní. La oración de Jesús transformó su corazón. El que comenzó llorando, triste hasta la muerte, recibirá al traidor y a sus secuaces, con increíble fortaleza y serenidad. El que abrió su oración con un “si es posible”, la concluirá afianzado en ese “no la mía sino la tuya”. ¿Qué es lo que ocurre en el huerto de los olivos? ¿Cuál es la transformación que se realiza?

Nos encontramos en el momento de la **concordia** de Jesús con el Padre. “Querer lo mismo y rechazar lo mismo”. Así definía Salustio la amistad. Y es esta la obra suprema del Espíritu Santo.

Y ¿qué es lo que quieren Jesús y el Padre? ¿En qué consiste ese cáliz que Jesús ha de beber?

Lo que un padre quiere para su hijo no es la muerte sino la vida, no es el fracaso sino el éxito: no es una vida opaca y egoísta sino un vivir pleno entregado a los que le rodean. Tampoco el Padre quiere la muerte de Jesús. Lo que le pide no es que “quiera su propia muerte”. En modo alguno. Getsemaní no es lugar de suicidios. Nada más lejos de este misterio.

Lo que el Padre quiere es la vida de los hombres, su salvación. Lo que le pide a Jesús es que dé el testimonio de su amor, es decir, que se manifieste como el Hijo de Dios, como el Mesías que había de venir al mundo. Y esto pasa, ambos lo saben, por su muerte. Esta es su Hora, este su cáliz.

Para Jesús, querer lo que el Padre quiere, significa proclamar abiertamente su identidad (es el Hijo de Dios enviado al mundo) y esto conllevará el rechazo de los hombres. Se le pide la entrega de la vida, la aceptación de la propia muerte. Jesús sabe que vendrán a arrestarlo y a juzgarlo... pero permanece fiel en oración. No huye. Pero tampoco acude al templo a entregarse como quien busca provocar el martirio. Espera en oración.

¿Qué ocurre entonces en el corazón de Cristo? ¿Qué es lo que triunfa en él? En el interior de Jesús, verdadero hombre, bulle el deseo de vivir, de conservarse en la existencia. Por eso, en este momento, Jesús experimenta una tristeza tan grande.

Porque le vieron sufrir, Pedro, Santiago y Juan pudieron entender más tarde el sentido de su entrega. Comprendieron que Jesús no fue a la Pasión por desprecio a la vida, ni por indiferencia ante la belleza de las amistades que había forjado en Cafarnaún, en Jerusalén, en Betania... Diríamos que no fue "alegremente", despreocupadamente, como quien no sabe lo que ocurrirá. Si el Maestro permaneció en Getsemaní esperando al traidor, fue por un amor más grande: por Amor al Padre, eligió dar su vida temporal por nuestra vida eterna. No hubo duda ni vacilación en Él, pero sí sufrimiento y tristeza. Triunfó en Él el querer del Padre: prefirió nuestra vida eterna antes que su propia vida temporal. Por eso, dio la vida. No lo hizo a regañadientes, pero sí, sabiendo bien lo que hacía y el valor de lo que entregaba: su propia carne y sangre, la que le había encomendado el Padre.

En Getsemaní encontramos una luz para superar el sentimentalismo que hoy nos rodea. Jesús quiere lo mismo que el Padre, aun cuando siente la llamada a conservar su existencia. Entre lo que siente y lo que quiere se manifiesta un amor más grande, un amor que triunfa. El amor a la propia vida es bueno; pero mejor es el amor al Padre.

No somos solo lo que sentimos. En nuestras emociones y sentimientos percibimos el efecto del mundo sobre nosotros, nuestra relación con las cosas y las personas. Cristo nos muestra la capacidad de trascender esos afectos e impulsos e integrarlos en un todo más grande: en la construcción de nuestra familia. Podemos superar las tristezas y fatigas, no a golpe de puños, sino acudiendo a ese amor más grande que está en el origen de nuestra vida y de nuestros amores.

Getsemaní nos descubre el misterio del corazón de Cristo. El hijo de María se entrega confiado al Padre, sabiendo de quién se ha fiado. "Lo que Tú quieras, como Tú quieras, cuando Tú quieras". En su humanidad ha recorrido ese camino de obediencia hasta llegar a llamar a Dios "Padre". En sus palabras, entre lágrimas y sollozos, se nos revela la obra que nos salva: *la acción humana de una persona divina*.

Misterio de confianza

Llega Judas, por fin, con antorchas, palos y lanzas. Es el momento del beso y del arresto. De alguna manera, el señorío de Jesús, puesto en pie, es ahora mayor si cabe. Han desaparecido las señales de debilidad en su rostro. Las lágrimas le han fortalecido.

¿A quién buscáis? Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos. El diálogo del prendimiento nos muestra lo que tenía Jesús en su corazón mientras oraba: una de las fuentes de sus desvelos y preocupaciones. *Padre, que no se pierda ni uno solo de los que me has dado...*

A través de sus lágrimas, Jesús entra en un querer más grande, en una medida mayor. Al Padre, inicio y fin de su oración, le confía la suerte de sus discípulos, de los *suyos*. Fortalecido por el Padre y en plena unión con Él, Jesús se encamina ahora a su Pasión. Consolado podrá consolar. Tras haber llorado podrá enjugar nuestras lágrimas e iluminar nuestras congojas.

“Esta es la morada de Dios entre los hombres: él habitará con ellos, ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos. Él secará todas sus lágrimas, y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó” (Ap 21, 3-4).

Preguntas para el diálogo:

1. Getsemaní ilumina Nazaret. ¡Verdaderamente Dios ha hecho suyo todo lo nuestro! También los gozos y los temores, también mi carne, mi camino... También Jesús tuvo miedo, tembló y lloró. Todo ello sucedió en el ambiente de la oración: mientras oraba. ¿Cuáles son los pequeños temores (pequeñas pérdidas) que me atenazan y me impiden caminar hacia la concordia con mi esposa y con el Padre? Y ¿cómo sufre la familia que reza unida?

2. En muchas ocasiones se espera de nosotros una palabra de consuelo, de compasión. Pasa Cristo sufriente a nuestro lado: llama el dolor a la puerta de un vecino o de un amigo, y se nos pide la compañía y la palabra que ilumine. Benedicto XVI habló del sufrimiento como uno de esos lugares en los que madura la esperanza. ¿Cómo sucede esto? ¿Cómo podemos ayudar a que el dolor madure la esperanza y no la ahogue?

3. La oración sacerdotal de Jesús (cfr. Jn 17) recoge la preocupación de Jesús por los *suyos*, por los que el Padre le ha confiado. En muchas ocasiones lloramos por *los nuestros*: a veces por un difunto, a veces por una “muerte espiritual”, como santa Mónica. Jesús concluyó su oración poniendo ese “pequeño rebaño” en las manos del Padre. ¿Cómo concluimos nosotros nuestros llantos por nuestros hijos, nietos, amigos...?